

UN POCO DE ODIO

JOE ABERCROMBIE

Traducción de Manu Viciano

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *A Little Hatred*

Publicado originalmente en inglés en 2019 por Gollancz, un sello de Orion Publishing Group, Londres

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Primera edición: 2020

Primera reimpresión: 2020

Copyright © Joe Abercrombie, 2019

© de la traducción: Manu Viciano, 2020

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-803-8

Depósito legal: M. 2.319-2020

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para Lou,
con abrazos
lúgubres y oscuros*

Primera parte

«La presente era está volviéndose loca en pos de la innovación, y todos los asuntos del mundo se llevarán de una manera distinta.»

Dr. Johnson

Bendiciones y maldiciones

—Rikke.

La joven hizo acopio de fuerzas para abrir un ojo. Una rendija de cortante y enfermizo fulgor.

—Regresa.

Expulsó de la boca el tarugo mojado de saliva, empujándolo con la lengua, y graznó la única palabra en la que pudo pensar.

—Joder.

—¡Esa es mi chica! —Isern se acuclilló junto a ella, haciendo que se balanceara su collar de runas y huesos de dedo, componiendo aquella sonrisa retorcida que mostraba el hueco de sus dientes y sin ofrecer a Rikke la menor ayuda—. ¿Qué has visto?

Rikke alzó una mano para agarrarse la cabeza. Tenía la sensación de que, si no contenía su cráneo, le iba a estallar. Aún veía formas burbujeantes en el interior de sus párpados, como las manchas brillantes después de haber mirado hacia el sol.

—He visto a gente cayendo de una torre alta. Docenas de personas. —Hizo una mueca al recordar cómo golpeaban contra el suelo—. He visto a gente ahorcada. Hileras de personas. —Se le atenazó el estómago con el recuerdo de los cuerpos columpiándose, los pies meciéndose—. He visto... ¿una batalla, tal vez? Bajo una colina roja.

Isern dio un bufido.

—Esto es el Norte. No hace falta magia para ver que se avecina una batalla. ¿Qué más?

—He visto Uffrith arder. —Rikke casi podía oler todavía el humo. Se apretó la mano contra el ojo izquierdo. Lo notó caliente. Abrazador.

—¿Qué más?

—He visto a un lobo comerse el sol. Luego un león se comía al lobo. Luego un cordero se comía al león. Luego un búho se comía al cordero.

—Pues menudo monstruo debía de ser ese búho.

—O puede que el cordero fuese diminuto, supongo. ¿Qué significa?

Isern se llevó la yema de un dedo a los labios cicatrizados, como hacía siempre cuando estaba a punto de lanzar alguna afirmación profunda.

—No tengo ni zorra idea. Quizá el girar de la rueda del tiempo acabe liberando el secreto de esas visiones.

Rikke escupió, pero la boca siguió sabiéndole a desesperación.

—Así que... nos tocará esperar.

—Once de cada doce veces es lo mejor que puede hacerse. —Isern se rascó el hueco entre las clavículas y guiñó un ojo—. Pero si lo dijera así, nadie me consideraría una gran pensadora.

—Bueno, yo puedo revelar dos secretos ahora mismo. —Rikke gimió mientras se incorporaba sobre un codo—. Me duele la cabeza y me he cagado encima.

—Lo segundo no es ningún secreto. Cualquiera que tenga nariz lo sabe de sobra.

—Me llamarán Rikke la Cagona. —Arrugó la nariz mientras cambiaba de postura—. Y no por primera vez.

—Tu problema es que te preocupa lo que te llamen.

—Mi problema es que tengo la maldición de estos ataques.

Isern se dio unos golpecitos bajo el ojo izquierdo.

—Tú dices que estás maldita por los ataques. Yo digo que estás bendecida con el ojo largo.

—Vaya. —Rikke se puso de rodillas mientras el estómago seguía dándole vueltas y la garganta le cosquilleaba por el vómito. Por los

muerdos, se sentía escocida y exhausta. El doble del dolor de una noche tomando jarras de cerveza sin ninguno de sus dulces recuerdos—. Pues a mí no me parece mucha bendición —murmuró, después de aventurarse a un pequeño eructo y someter a sus tripas por los pelos.

—Existen pocas bendiciones que no lleven escondida dentro una maldición, y pocas maldiciones sin una pizca de bendición. —Isern cortó una pequeña porción de chagga de un trozo secado—. Igual que casi todo, es cuestión de cómo se mire.

—Muy profundo.

—Como siempre.

—Quizá alguien a quien le doliera menos la cabeza disfrutaría más de tu sabiduría.

Isern se lamió las yemas de los dedos, hizo una bolita con el chagga y se la ofreció a Rikke.

—Soy un pozo sin fondo de revelaciones, pero no puedo obligar a los ignorantes a beber de él. Y ahora, quítate los pantalones. —Ladró aquella carcajada salvaje que tenía—. Palabras que muchos hombres han anhelado oírme pronunciar.

Rikke se sentó con la espalda apoyada en un menhir cubierto de nieve, arrebuada en la capa de piel que le había regalado su padre, con los ojos entornados al sol que brillaba entre las ramas gotteantes mientras el viento helado le soplaba en el culo desnudo. Mascó chagga y persiguió los picores que le danzaban por todo el cuerpo con uñas de bordes negros, tratando de calmar sus destrozados nervios y sacudirse de encima los recuerdos de aquella torre, de aquellos ahorcados, de Uffrith ardiendo.

—Las visiones —musitó—. Son una maldición, sin duda.

Isern chapoteó ribera arriba sujetando los pantalones de Rikke, empapados.

—¡Limpios como la nieve fresca! Ahora solo apestarás a juventud y decepción.

—Mira quién habla de apestar, Isern-i-Phail.

Isern alzó un brazo nervudo y tatuado, se olisqueó el sobaco y dio un suspiro de satisfacción.

—Tengo un aroma estupendo, terroso, femenino, de los que son muy apreciados por la luna. Si tanto te afecta un aroma, elegiste a la compañera equivocada.

Rikke escupió jugo de chagga, pero le salió mal y le goteó casi todo barbilla abajo.

—Si crees que elegí algo de todo esto, es que estás loca.

—Lo mismo opinaba la gente de mi padre.

—¡Pero si tú dices siempre que estaba más loco que un saco de búhos!

—Ya, bueno, pero lo que unos llaman loco, otros lo llaman excepcional. ¿Debo recalcar que tú misma distas mucho de ser una persona ordinaria? Esta vez dabas tantas patadas que casi salen volando tus botas. A lo mejor, tendré que atarte para que no te abras la cabeza y acabes babeando como mi hermano Brait. Pero él, por lo menos, no se caga encima, ojo.

—Gracias por ese comentario.

—No se merecen. —Isern formó un pequeño rombo con los dedos y escrutó el sol a través de él—. Ya hace rato que tendríamos que estar de camino. Hoy se llevarán a cabo gestas de gran altura. O puede que de gran bajeza. —Dejó caer los pantalones en el regazo de Rikke—. Ve vistiéndote.

—¿Cómo, así, mojados? Me rozarán.

—¿Que te rozarán? —Isern resopló—. ¿Ahí terminan tus preocupaciones?

—La cabeza aún me duele tanto que lo noto hasta en los dientes. —Rikke quería gritar, pero sabía que le supondría demasiado suplicio, de modo que tuvo que gimotear en voz baja—. No me hace falta ninguna otra pequeña incomodidad.

—¡La vida está hecha de pequeñas incomodidades, chica! Es por lo que sabes que estás viva. —Isern volvió a toser aquella carcajada y dio una palmada animosa a Rikke en el hombro que la hizo trastabillar hacia un lado—. Puedes andar con ese culo blanco y gordo al aire si te apetece, pero andarás de una forma u otra.

—Una maldición —refunfuñó Rikke mientras embutía las piernas en los pantalones empapados—. Sin duda, una maldición.

—Entonces, ¿de verdad crees que tengo el ojo largo?

Isern siguió avanzando por el bosque con aquellas zancadas firmes que, por muy deprisa que caminara Rikke, siempre la dejaban un incómodo medio paso por detrás.

—¿De verdad crees que malgastaría mis esfuerzos contigo si no? Rikke suspiró.

—Supongo que no. Es solo que, en las canciones, es una cosa que usaban las brujas, los magos y los sabios para ver en la niebla de lo que está por venir, no una cosa que hacía a las imbéciles caerse al suelo y cagarse encima.

—Por si no te habías dado cuenta, los bardos tienden a adornar un poco las cosas. Verás, se puede vivir bien a base de canciones sobre brujas sabias, pero no tanto si son sobre imbéciles cagonas.

Rikke tuvo que aceptar a regañadientes que era verdad.

—Y demostrar que tienes el ojo largo no es asunto fácil. No puedes obligarlo a abrirse. Debes persuadirlo. —Isern hizo cosquillas a Rikke bajo la barbilla y esta apartó la cabeza de sopetón—. Puedes llevarlo a los lugares sagrados donde se alzan las antiguas piedras para que la luna llena lo ilumine. Pero, aun así, el ojo largo verá lo que vea cuando él decida.

—Pero ¿Uffrith en llamas? —Rikke estaba bastante preocupada desde que habían descendido de las Altiplanicies y se acercaban a casa. Bien sabían los muertos que no siempre había sido feliz en Uffrith, pero no tenía el menor deseo de ver la ciudad en llamas—. ¿Cómo se supone que ocurrirá eso?

—Bastaría con un descuido cocinando. —Los ojos de Isern se desviaron a un lado—. Aunque aquí arriba, en el Norte, diría que la guerra es una causa más probable para el incendio de una ciudad.

—¿La guerra?

—Es lo que ocurre cuando una pelea se vuelve tan grande que nadie sale bien parado de ella.

—Ya sé qué coño es. —Rikke tenía un puntito de miedo creciéndole en la nuca que no podía sacudirse por mucho que moviera los hombros—. Pero en el Norte ha habido paz durante toda mi vida.

—Mi padre decía siempre que los tiempos de paz son cuando los sabios se preparan para la violencia.

—Tu padre estaba más loco que una bota llena de estiércol.

—¿Y qué dice tu padre? Hay pocos hombres tan cuerdos como el Sabueso.

Rikke meneó los hombros de nuevo, pero no sirvió de nada.

—Dice que hay que esperar lo mejor y prepararse para lo peor.

—Buen consejo, en mi opinión.

—Pero él pasó por unos tiempos muy negros. Siempre luchando. Contra Bethod. Contra Dow el Negro. En esa época las cosas eran distintas.

Isern hizo un gesto burlón.

—Qué van a serlo. Yo estuve allí cuando tu padre combatió contra Bethod, en las Altiplanicies, con Nueve el Sanguinario a su lado.

Rikke parpadeó, sorprendida.

—No tendrías ni diez años.

—Lo bastante mayor para matar a un hombre.

—¿Qué?

—Yo solía llevar la maza de mi padre, porque los más pequeños deben tener las cargas más grandes, pero ese día él luchaba con la maza, así que yo llevaba su lanza. Esta misma. —La contra marcaba el ritmo de sus pasos en el camino—. Mi padre derribó a un hombre y, cuando intentaba levantarse, se la clavé en todo el ojete.

—¿Esa lanza?

Rikke se había acostumbrado a considerar lo que llevaba Isern como un palo. Un palo que, por cosas de la vida, tenía un extremo cubierto en piel de ciervo. No le gustaba pensar que había una punta metálica allí debajo. Y mucho menos una punta que había estado metida en el culo de algún pobre desgraciado.

—Bueno, ya ha tenido unas cuantas varas desde entonces, pero...

Isern se detuvo en seco, alzó la mano tatuada y entrecerró los ojos. Rikke solo alcanzaba a oír los bisbiseos de las ramas, el «plic, plic» de las gotas al derretirse la nieve, el «pío, pío» de los pájaros en los árboles jóvenes. Se inclinó hacia Isern.

—¿Qué es lo...?

—Carga una flecha en el arco y haz que sigan hablando —surró Isern.

—¿Quiénes?

—Si eso falla, enséñales los dientes. Tienes la bendición de unos buenos dientes.

Y dicho eso, salió corriendo del camino y se internó entre los árboles.

—¿Mis dientes? —siseó Rikke, pero la escurridiza sombra de Isern ya se había perdido en las zarzas.

Entonces oyó la voz de un hombre.

—¿Seguro que es por aquí?

Rikke llevaba su arco al hombro, confiando en poder cazar algún ciervo. Lo dejó caer hasta la mano, sacó con torpeza una flecha que estuvo a punto de escapársele y logró cargarla a pesar de la oleada de espasmos nerviosos que le recorría el brazo.

—Nos han dicho que busquemos en la espesura. —Una voz más profunda, más dura, más temible—. ¿A ti esto te parece una espesura?

Rikke tuvo un repentino ataque de pánico al pensar que podría ser una flecha para ardillas, pero comprobó que era de punta ancha, como debía ser.

—Un bosque, supongo.

Risas.

—¿Y cuál es la puta diferencia?

Por el recodo del camino apareció un anciano. Llevaba un bastón en la mano, pero, al bajarlo, la luz moteada se reflejó en el metal y Rikke comprendió que no era un bastón, sino una lanza, y sintió que la preocupación se extendía desde aquel punto de su nuca hasta las raíces del pelo.

Eran tres. El anciano tenía un aspecto triste, como si nada de aquello hubiera sido idea suya. A su lado había un chico nervioso con escudo y un hacha corta. Por último, llegó un hombre enorme con la barba tupida y el ceño aún más tupido. A Rikke no le hizo ninguna gracia la pinta que tenía.

Su padre siempre decía que no había que apuntar con flechas a nadie a no ser que se pretendiera verlo muerto, de modo que tensó el arco solo a medias y lo dejó apuntando hacia el camino.

—Será mejor que no os mováis —dijo.

El viejo se la quedó mirando.

—Chica, tienes un anillo atravesándote la nariz.

—Soy consciente. —Rikke sacó la lengua y lo tocó con la punta—. Me mantiene amarrada.

—¿Podrías perderte si no?

—Mis pensamientos podrían.

—¿Es de oro? —preguntó el chico.

—De cobre —mintió ella, dado que el oro es muy propenso a convertir los encuentros desagradables en mortíferos.

—¿Y la pintura?

—La marca de la cruz es benéfica y muy apreciada por la luna. El ojo largo es el izquierdo y la cruz encamina su visión a través de la niebla de lo que está por venir. —Giró la cabeza y escupió jugo de chagga sin apartar la mirada de ellos—. Tal vez —añadió, ya que no estaba segura de que la cruz hubiera hecho otra cosa que manchar su almohada cuando se olvidaba de limpiársela por la noche.

No era la única que dudaba.

—¿Estás loca? —gruñó el hombretón.

Rikke suspiró. No era ni por asomo la primera vez que le hacían esa pregunta.

—Lo que unos llaman loco, otros lo llaman excepcional.

—Estaría muy bien que soltaras ese arco —dijo el anciano.

—Me gusta donde está.

Pero en realidad no le gustaba nada, porque lo notaba cada vez más pegajoso en la mano y, además, el hombro le dolía por el esfuerzo de mantenerlo a medio tensar y temía que las contracciones que empezaba a tener en el cuello acabaran liberando la cuerda.

Parecía que el chico tenía incluso menos confianza que ella en que lograra controlarlo, porque la miraba asomando los ojos por encima del brocal de su escudo. Fue entonces cuando Rikke reparó en lo que estaba pintado en él.

—Tienes un lobo en el escudo —dijo.

—La marca de Stour Ocaso —gruñó el gigante con aire orgulloso, y Rikke vio que también llevaba un lobo en el escudo, aunque el suyo era poco más que cuatro trazos difuminados en la madera.

—¿Sois hombres de Ocaso? —El miedo ya se le estaba extendiendo hasta las tripas—. ¿Qué hacéis aquí abajo?

—Acabar con el Sabueso y sus lameculos y devolver Uffrith al Norte, donde pertenece.

Los nudillos de Rikke se pusieron blancos en torno a su arco a medida que el miedo se convertía en ira.

—¡De eso ni hablar, joder!

—Ya está ocurriendo. —El anciano se encogió de hombros—. La única cuestión para ti es si te alzarás con los vencedores o regresarás al barro con los vencidos.

—¡Ocaso es el mejor guerrero que ha existido desde el Sanguinario! —exclamó el más joven—. ¡Va a reconquistar Angland y expulsar a la Unión del Norte!

—¿La Unión? —Rikke bajó la mirada hacia la cabeza de lobo mal garabateada en el escudo mal construido del chico—. Un lobo se come el sol —susurró.

—Está loca de remate. —El grandullón dio un paso adelante—. Venga, suelta el...

Entonces dio un largo gemido sibilante y le salió una protuberancia en la camisa en la que se entreveía un destello de metal.

—Oh —dijo el hombre, cayendo de rodillas.

El chico se volvió hacia él.

La flecha de Rikke se le clavó en la espalda, justo por debajo del omóplato.

Entonces le correspondió a ella decir: «Oh», al no estar muy segura de si había pretendido soltar la cuerda o no.

Un centelleo metálico y la cabeza del anciano dio una sacudida, con el puyón de la lanza de Isern atravesado en el cuello. Dejó caer su propia lanza y trató de aferrar a su atacante con dedos desmañados.

—Chist.

Isern le apartó el brazo de un manotazo y le arrancó la lanza, haciendo saltar un chorro negro. El hombre se revolvió en el suelo, con las manos sobre la enorme herida del cuello, como si pudiera impedir que la sangre siguiera manando. Intentaba decir algo, pero tan pronto como lograba escupir la sangre, se le volvía a llenar la boca. Entonces dejó de moverse.

—Te los has cargado.

Rikke se sentía acalorada. Tenía salpicaduras rojas en la mano. El hombretón estaba tendido bocabajo, con la camisa empapada en sangre oscura.

—A este lo has matado tú —replicó Isern.

El chico estaba arrodillado, dando tenues gañidos mientras intentaba llevarse las manos a la espalda para alcanzar el asta de la flecha, aunque Rikke no tenía ni idea de qué haría si lograba llegar a ella con los dedos. Lo más probable era que él tampoco tuviera ni idea. Isern era la única que estaba pensando con claridad en aquel momento. Se agachó con calma y cogió el cuchillo que el chico llevaba al cinto.

—Esperaba poder hacerle un par de preguntas, pero no va a responderme con esa flecha en el pulmón.

Como si quisiera darle la razón, el joven tosió sangre en su propia mano y miró a Rikke por encima de ella. Parecía un poco ofendido, como si ella hubiera hecho algún comentario hiriente.

—Pero en fin, a nadie le sale nunca todo como quiere.

Rikke se sobresaltó por el chasquido cuando Isern apuñaló al chico en la coronilla. Los ojos se le pusieron en blanco, tuvo una convulsión en la pierna y se le arqueó la espalda. Lo mismo que le pasaba a ella, tal vez, cuando le daba un ataque.

A Rikke se le erizaron los pelillos de los brazos mientras el chico caía inerte. Nunca había visto matar a un hombre. Había ocurrido todo tan deprisa que no sabía cómo debería sentirse.

—No parecían tan mala gente —dijo.

—Para estar intentando ver a través de las nieblas del futuro, la verdad es que ni te enteras de lo que tienes delante. —Isern ya estaba registrando los bolsillos del anciano, con la punta de la lengua

encajada en el hueco de los dientes—. Si te esperas a que parezcan mala gente, has esperado demasiado, créeme.

—Podrías haberles dado una oportunidad.

—¿De qué? ¿De enviarte de vuelta al barro? ¿O de llevarte a rastro con Stour Ocaso? Entonces los roces sí que serían tu menor problema; ese chico tiene una reputación de mil demonios. —Cogió la pierna del viejo, lo arrastró desde el camino a los matorrales y luego arrojó su lanza en la misma dirección—. ¿O querías que los invitáramos a bailar en el bosque con nosotras, ponernos todos florecitas en el pelo y convencerlos de que se pasaran a nuestro bando con mis hermosas palabras y tu hermosa sonrisa?

Rikke escupió jugo de chagga y se limpió la barbilla, mirando cómo la sangre iba invadiendo la tierra alrededor de la cabeza acuchillada del chico.

—Dudo que mi sonrisa fuese a dar la talla, y estoy segura de que tus palabras tampoco la darían.

—Entonces, matarlos era la única posibilidad que teníamos, ¿no? Tu problema es que eres toda corazón. —Y clavó un dedo huesudo en la teta de Rikke.

—¡Ay! —Rikke dio un paso atrás, abrazándose el pecho—. Eso duele, ¿sabes?

—Eres toda corazón por todas partes, así que te duelen todos los pinchazos y las bofetadas. Debes hacer de tu corazón piedra. —Isern se dio un puñetazo en las costillas que hizo repiquetear los huesos de dedo que llevaba al cuello—. La crueldad es una característica muy apreciada por la luna. —Como queriendo demostrarlo, se agachó y tiró al chico muerto al sotobosque—. Una líder debe ser dura, para que los demás no tengan que serlo.

—¿Líder de qué? —musitó Rikke, frotándose la teta dolorida.

Entonces le llegó un olorcillo a humo, igual que en el sueño que había tenido. Como si el olor tuviera un atractivo irresistible, echó a andar camino abajo.

—¡Oye! —la llamó Isern, con una tira de carne seca en la boca que había sacado del bolsillo del gigantón—. ¡Necesito ayuda para arrastrar a este cabrón enorme!

—No —susurró Rikke, mientras el olor a fuego crecía al mismo ritmo que su inquietud—. No, no, no.

Salió de entre los árboles a la fría luz del día, dio otro par de pasos tambaleantes y se detuvo, con el arco colgando de su mano flácida.

La neblina matutina se había alzado hacía tiempo, y Rikke alcanzaba a ver más allá de la cuadrícula de campos recién plantados hasta Uffrith, calzada contra el mar gris tras su gris muralla. El lugar donde se alzaba el antiguo salón de su padre con el desastrado jardín en la parte de atrás. La segura y aburrida Uffrith, donde ella había nacido y crecido. Solo que estaba ardiendo, igual que la había visto, y una enorme columna de humo negro manchaba el cielo y flotaba hacia el mar picado.

—Por los muertos —graznó.

Isern llegó desde los árboles con la lanza cruzada sobre los hombros y una gran sonrisa cruzada en la cara.

—¿Sabes lo que significa esto?

—¿Guerra? —susurró Rikke, horrorizada.

—Sí, eso. —Isern le quitó importancia con un gesto, como si fuese una nadería—. ¡Pero el caso es que yo estaba en lo cierto! —Dio a Rikke una palmada tan fuerte en el hombro que estuvo a punto de derribarla—. ¡Sí que tienes el ojo largo!

En el meollo de la refriega

«En la batalla —solía decir el padre de Leo—, un hombre descubre quién es de verdad.»

Los norteños ya estaban dando media vuelta para huir cuando el caballo de Leo se estrelló contra ellos con una electrizante sacudida.

Golpeó a uno en la parte trasera del casco con toda la fuerza de su carga y casi le arrancó la cabeza.

Rugió mientras descargaba su hacha hacia el otro lado. Vislumbró un rostro boquiabierto mientras el arma lo partía en dos y la sangre salpicaba en chorros negros.

Otros jinetes arremetieron contra los norteños y los levantaron por los aires como muñecos rotos. Leo vio que un enemigo ensartaba la cabeza de un caballo con una lanza. El jinete dio una vuelta de campana al salir despedido de la silla.

Una lanza se hizo añicos y una astilla golpeó el yelmo de Leo con un resonante tañido mientras se apartaba. El mundo era una titilante rendija de rostros crispados, acero reluciente y cuerpos jadeantes, entrevisto a través de la abertura de la celada. Los chillidos de hombres y monturas y el metal se combinaban en un estrépito que aplastaba todo pensamiento.

Un caballo viró por delante de él. Sin jinete, con los estribos aleteando. El caballo de Ritter. Leo lo sabía por el sudadero ama-

rillo. Un ataque de lanza le sacudió el escudo en el brazo e hizo que se tambalara en su silla. La punta descendió chirriando por el quijote del muslo.

Asió las riendas con la mano del escudo mientras su montura corcoveaba y bufaba, con el rostro trabado en dolorosa sonrisa, blandiendo su hacha furiosamente a un lado y otro. Aporreó un escudo con un lobo negro pintado una y otra vez, sin pensar, luego pateó a un hombre y lo hizo retroceder trastabillando, momento en que la espada de Barniva destelló al cercenarle el brazo.

Vio a Jin Aguablanca descargando su maza, con el pelo rojizo enganchado entre los dientes prietos. Justo detrás de él, Antaup chillaba algo mientras intentaba liberar su lanza de una cota de mallas ensangrentada. Glaward forcejeaba contra un carl, ambos desarmados, ambos enredados en sus riendas. Leo atacó al norteño y el golpe dejó al hombre el codo torcido hacia donde no debía; un segundo hachazo lo hizo caer al barro.

Señaló con el hacha hacia el estandarte de Stour Ocaso, un lobo negro que ondeaba al viento. Aulló y rugió con la garganta ronca. Nadie podía oírlo con la celada bajada. Nadie habría podido oírlo aunque la llevara levantada. Apenas sabía ni lo que estaba diciendo. Dejó de bramar y se dedicó a golpear con furia los cuerpos que se apiñaban a su alrededor.

Alguien le agarró la pierna. Pelo rizado. Pecas. Tenía aspecto de estar cagado de miedo. Como todos allí. No parecía ir armado. Quizá estuviera rindiéndose. Leo sacudió a Pecas en la coronilla con el brocal del escudo, espoleó a su caballo y lo pisoteó en el barro.

Aquel no era lugar para buenas intenciones. No era lugar para tediosas sutilezas ni aburridas refutaciones. Allí no cabían las críticas de su madre sobre la paciencia y la cautela. Todo era hermosamente simple.

«En la batalla, un hombre descubre quién es de verdad», y Leo era el héroe que siempre había soñado ser.

Descargó otro golpe, pero notó rara el hacha. La hoja había salido despedida y lo había dejado sosteniendo un puto palo. Lo

soltó para desenfundar su acero de batalla, los dedos torpes vibrando en el guantelete, la empuñadura resbaladiza por la lluvia que arreciaba. Cayó en la cuenta de que el hombre al que estaba golpeando había muerto. Había caído contra la valla, por lo que parecía estar de pie, pero se veía una pulpa negra colgando de su cráneo roto, de modo que asunto resuelto.

Los norteños estaban desmoronándose. Corrían, gañían, caían al derribarlos desde detrás, y Leo los obligó a retirarse hacia su estandarte. Tres jinetes tenían a un grupo de norteños retenidos contra una portalada, Barniva en el centro, su cara llena de cicatrices manchada de sangre mientras lanzaba tajos con su pesada espada.

El portaestandarte era un hombre inmenso con ojos desesperados y sangre en la barba, que seguía sosteniendo en alto el pendón del lobo negro. Leo se lanzó al galope contra él, bloqueó hacha con escudo y su espada chirrió contra la babera, le abrió un tajo enorme en la cara y le cortó media nariz. El hombre retrocedió con pasos tambaleantes y Jin Aguablanca le aplastó el yelmo de un mazazo que hizo salpicar sangre por la gorguera. Leo lo tiró al suelo de una patada y le arrancó el estandarte de la mano inerte mientras caía. Lo lanzó al aire, riendo, gorgoteando, a punto de ahogarse con su propia saliva antes de echarse a reír de nuevo, con la correa del hacha rodeándole todavía la muñeca, por lo que el mango roto repicaba contra su yelmo.

¿Habían vencido? Miró a su alrededor, buscando más enemigos. Unas pocas siluetas desarrapadas brincaban entre los cultivos en dirección a los lejanos árboles. Corrían para salvar la vida, después de abandonar sus armas. Aquello era todo.

A Leo le dolía todo el cuerpo: los muslos de aferrarse al caballo, los hombros de blandir el hacha, las manos de asir las riendas. Hasta las plantas de los pies le palpitaban por el esfuerzo. Su pecho subía y bajaba, el aliento resonaba en el yelmo, húmedo, cálido y salado. Quizá en algún momento se hubiera mordido la lengua. Se afanó en soltar la hebilla bajo su mentón y por fin logró soltarse el condenado trasto. El cráneo le estalló con el estruendo, transformado de ira a puro gozo. El ruido de la victoria.